

«Es un homenaje inmerecido», nos dijo don Pascual Carrión cuando, al terminar su conferencia, un grupo de periodistas nos quedamos charlando con él en un saloncito del Ateneo Mercantil. No respondía con ello a nuestra pregunta, cuya respuesta, por otra parte, conocíamos de sobra. Lo que le habíamos preguntado era: «¿Es este el único homenaje que se le ha tributado?». Finalmente dijo que sí, que aquel era el único homenaje que se le había hecho, y en tono de no fingida ni falsa modestia, volvió a calificarlo de «inmerecido». La semana de conferencias sobre el tema de la Reforma Agraria, celebrada en el Ateneo Mercantil de Valencia en honor de este ingeniero agrónomo que fue vocal y ponente de la Comisión Técnica encargada de redactar el proyecto de Reforma Agraria de la República y luego secretario de la Junta Central que debía ponerlo en práctica, fue organizada por el Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Levante, la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, la Universidad Politécnica y el mismo Ateneo. Del 16 al 21 de este mes de octubre, historiadores, juristas, economistas e ingenieros agrónomos han venido ocupándose el tema de la Reforma Agraria en sus diversos aspectos. Figuraban en el programa de conferencias los nombres de los profesores universitarios Josef Fontana, Vicente Montés, Juan Velarde, José Vergara Doncel, Ramón Tamames, así como del mismo Pascual Carrión.

Este homenaje al hombre que, a sus ochenta y un años de edad, representa y encarna entre nosotros la idea de la Reforma Agraria, no tuvo, fuera de Valencia, ninguna repercusión. La prensa nacional no recogió siquiera la noticia o, si algún diario la recogió, lo hizo de una forma tan «parca» que pasó totalmente inadvertida. De los diarios de Valencia, solamente «Las Provincias» prestó atención a la semana de conferencias, mientras los diarios de la cadena de Prensa del Movimiento, «Levante» y «Jornada», ignoraron totalmente la celebración del importante ciclo y el motivo que lo había inspirado. Por lo demás, el salón de actos del Ateneo Mercantil estuvo, tarde tras tarde durante toda la semana, abarrotado de público, en gran parte, de público joven.

De las conferencias programadas asistí solamente a la pronunciada el sábado por don Pascual Carrión, que sirvió para clausurar la semana. Fui a Valencia, tengo que confesarlo, con un poquito de temor de encontrar, en el conferenciante del Ateneo, a un hombre físicamente acabado y espiritualmente anclado en la nostalgia de su obra pasada. Su avanzada edad, ochenta y un años, como he dicho, lo habrían justificado plenamente. Pero he de decir ahora que la disertación de don Pascual Carrión resultó, para mí, en muchos aspectos, una delicia. Se trata de una persona de una vivacidad y vitalidad asombrosas. Podría muy bien escribir, como Ramón y Cajal, unas memorias tituladas «Mis primeros ochenta años», en aquel mismo tono de inteligente optimismo. En ningún momento, mientras el representante del Colegio de Ingenieros Agrónomos pronunciaba unas emotivas palabras de homenaje a su persona, asomé a los ojos de don Pascual Carrión esa temblorosa lagrimita propia del hombre que ya sólo vive de su pasado. Su voz, cuando tomó la palabra, no estaba, como es frecuente en los homenajeados al uso, «velada por la emoción» ni nada parecido. Agradeció sencillamente todo aquello que se hacía en su honor («Los homenajes no me gustan», me dijo más tarde, y añadió que había aceptado aquél porque era un motivo para hablar del tema que le ha preocupado toda la vida, la Reforma Agraria del campo español). Los asistentes a su conferencia admirábamos su vigor físico, su seguridad al hablar o al leer datos estadísticos en apoyo de sus afirmaciones. Quizá dé una idea de su energía física decir que don Pascual conduce habitualmente su coche, y si la otra tarde llegó al Ateneo en un taxi fue solamente, como él mismo explicó, «por el jaleo del aparcamiento». Se puede decir de don Pascual Carrión aquello que se decía de los productos de calidad allá por los años cincuenta: es un hombre «de antes de la guerra».

No voy a alabar aquí la oratoria de don Pascual. No es su fuerte. Habla sencillamente, como corresponde a un ingeniero agrónomo que ha vivido toda su vida en el campo («ocho horas diarias recorriendo a caballo cortijos en el campo andaluz»). En esto, don Pascual es también un hombre «de antes de la guerra». La inmensa mayoría de los ingenieros agrónomos viven hoy en las ciudades (y, preferentemente, en Madrid). A don Pascual no podría pasarle nunca lo que dicen de un alto funcionario del Ministerio de Agricultura que,

silla de pista

HOMENAJE A PASCUAL CARRIÓN

un día, dejó turlatos a sus subordinados al decirles que «habría que pensar en el aprovechamiento maderero de los platanares canarios». Es un hombre, ante todo, práctico y, de hecho, su idea de la Reforma Agraria, tal como la proponía en tiempos de la República y la sigue proponiendo hoy, no es tanto una construcción teórica elaborada en un despacho como un informe hecho sobre el terreno y una propuesta de soluciones a los problemas de las distintas regiones y comarcas.

Habla don Pascual Carrión con una ausencia total de retórica, sin verborrea política y sin refugiarse nunca en el lenguaje «sacerdotal» de la moderna ciencia. No es lo que llamaríamos un conferenciante ocurrente, pero su discurso se ilumina con cierto humor ingenioso, que casi no parece intencionado y que la otra noche hizo reír repetidas veces a los asistentes. Por ejemplo, después de explicar el fracaso que representó la Ley de Reforma Agraria de la República, convertida en «Ley de Contrarreforma» debido a las presiones de los partidos de derechas, don Pascual se quedó un momento en silencio y añadió: «Y pensarán ustedes: bueno, desde entonces esto se habrá remediado, ¿no?». Don Pascual había estado describiendo la situación del campo español en las regiones latifundistas y la miseria que en ellas sufrían los campesinos. Decía, por ejemplo, que en el valle del Guadalquivir, las fincas de más de 250 hectáreas constituían el 42 por 100 de la tierra; o que catorce propietarios poseían 383.000 hectáreas; o que un duque era propietario, con-

tando las fincas que tenía en diversas provincias, de algo menos de ochenta mil hectáreas. Parecía, al oírle hablar en imperfecto de indicativo, que estaba describiendo una situación felizmente superada, una lejana «plaga» medieval. En la segunda parte de su conferencia, don Pascual trasladó los datos de aquella situación a nuestro tiempo. La concentración de la propiedad debe entenderse no sólo en extensión, sino también en riqueza. Es decir, no sólo un altísimo porcentaje del territorio corresponde a las fincas más grandes, sino también a las fincas más ricas y rentables. En Ciudad Real, en Jaén, en Badajoz y otras provincias de la España latifundista, la mitad, aproximadamente, del territorio pertenece a las fincas más grandes y de mejores tierras. El conferenciante dijo que una situación parecida se encuentra también en Castilla y en León, regiones generalmente consideradas como muy parceladas desde el punto de vista de la propiedad, porque un solo propietario posee a la vez muchas parcelas. Alrededor del 37 por 100 del territorio de Avila o de Salamanca corresponde a estos «latifundios» de hecho. Dijo, por ejemplo, que en Castilla hay cincuenta y cuatro mil propietarios de más de cuarenta y nueve parcelas. Y en León, e incluso en Galicia, la situación es parecida. El 58 por 100 de la riqueza de Avila, el 54 de la de Segovia, el 40 de la de Madrid corresponde a estos propietarios. A esto hay que añadir la deficiente explotación de las tierras. Explicó pormenorizadamente los diversos sistemas de cultivo para las tierras de secano: «año y vez» en Castilla; es decir, un año en cultivo y otro en barbecho; «al tercio», o sea, un tercio de cultivo, otro de barbecho, otro en erial, en Andalucía; «al cuarto», en Badajoz (dos en erial, uno en barbecho, otro en cultivo), y se refirió a las posibilidades de mejorar el rendimiento de las tierras (1). Analizando la situación actual dijo que la motorización del campo en estos años había dado lugar a la emigración y había «auxiliado a los propietarios», porque «la máquina ha venido a aumentar el valor de la tierra». Se han hecho muchos nuevos regadíos que hubieran podido paliar esta situación. Pero de las 500.000 hectáreas de nuevos regadíos, más de la mitad han sido «regalados» a los propietarios tradicionales en lugar de darse a los nuevos colonos. En la conversación que sostuvimos después de la conferencia, don Pascual se llevaba las manos a la cabeza al comentar este último hecho: «No tiene perdón de Dios», decía. «Con dinero del Estado los hemos irrigado las tierras a los grandes propietarios». Y añadía, en su estilo de sutil ironía: «Desde el punto de vista social, nos hemos hecho los distraídos».

«Yo no he sido nunca extremista», dijo don Pascual. «He sido más bien conservador». Habló de sus compañeros en la «Comisión» de la República, el civilista Sánchez Román y el economista Flores de Lemus (aquí hizo reír a la concurrencia diciendo que este último «era economista, pero una persona muy sensata»), que no eran tampoco extremistas ni revolucionarios. Durante la conferencia estuvo moderado en sus afirmaciones. Las cifras con que apoyaba sus afirmaciones eran suficientemente elocuentes. Cuando se quedó solo con nosotros se mostró algo más explícito y nos habló del verdadero alcance que tenía la «Ley de Fincas Mejorables», que en el momento de su promulgación fue saludada por cierta prensa sensacionalista como «Ley de la Reforma Agraria», aunque el mismo ministro de Agricultura se había apresurado a decir que no tenía mucho que ver con eso. Hablamos del IRYDA (Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario), que había venido a fusionar diversos organismos agrarios pero que, dijo don Pascual, «no ha aportado nada nuevo». Nos contó muchas cosas de su vida y cómo, después de la guerra, fue separado de su cátedra y de la dirección de la Escuela de Ingenieros Agrónomos de Madrid. Le preguntamos si no había habido intentos de rehabilitarlo y nos dijo que sí, que en una ocasión había hablado con funcionarios del Ministerio y se habían iniciado los trámites para devolverle la cátedra. «Pero —dijo— comenzaron a escribir papeles en que se decía todo lo que yo había hecho y lo que había sido en el pasado, de modo que les dije: "Déjenlo, déjenlo, porque esto puede acabar peor de lo que ahora está"».

Y esta es la crónica del silenciado homenaje a don Pascual Carrión, cuyo nombre quedará ligado a la historia de la Reforma Agraria en España. ■

LUIS CARANDELL.



(1) Véase la entrevista que Arturo López Muñoz sostuvo con don Pascual Carrión en abril de 1971, publicada en el número 436 de TRIUNFO.